

Artículo

La Voluntad de Dios

Santiago 2:1-13

El Hijo Eterno de Dios

El Fruto del Espíritu

Impotencia

La Frialidad

Página

1

2

5

7

9

10

La Voluntad de Dios

William Williams, Venezuela

"Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios". (Salmo 143.10).

Hacer la voluntad de Dios debe ser la más alta ambición de todo hijo de Dios. Era la delicia del Maestro; era la ambición de Pablo. Las asambleas pueden desviarse del camino: y los predicadores pueden pasar su precioso tiempo discutiendo y mordiendo, pero siempre es posible que el hijo de Dios ore: "Enséñame tu voluntad, porque tú eres mi Dios". Todo el que haga esto no sólo se salvará a sí mismo de la reincidencia, sino también a los que le escuchen.

¡Qué contraste hay entre un cristiano que busca hacer la voluntad de Dios, y uno que hace lo que le parece mejor, influenciado por las circunstancias y el entorno! Vemos un ejemplo de esto en las vidas de esos dos hombres notables, Jacob, en el Antiguo Testamento, y Pablo, en el Nuevo. Ambos fueron llevados al conocimiento de Dios, uno huyendo por sus fechorías, el otro persiguiendo in fraganti a los santos de Dios. Cada uno tuvo una visión, el uno por la noche, el otro al mediodía. Ambos recibieron promesas de Dios: el uno dudó de ellas; el otro fue "obediente a la visión celestial". Jacob comenzó por maquinar y planear, y siguió la línea de menor resistencia. Pablo comenzó tomando a Dios por su palabra, fijó su mirada en el Cristo resucitado, y siguió un curso recto hasta la meta.

Fíjate en lo que el Señor le dijo a Jacob: "Y he aquí que yo estoy contigo, y te guardaré en todos los lugares adonde vayas, y te haré volver a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho". (Génesis 28:15). ¿Podría haber algo más

seguro? Sin embargo, ¡qué planificación! Dice: "Si Dios está conmigo . . . te daré la décima parte" (Génesis 28:20-21). Comenzó con un "sí", esa marca de duda e incredulidad que arruinó a nuestros primeros padres, y con la que el tentador trató de seducir al bendito Hijo de Dios: "Si eres el Hijo de Dios" (Mateo 4: 3). Dios había dicho que bendeciría a Jacob y era pecado de su parte dudarle. Observe lo que prometió dar al Señor: una décima parte. Una décima parte negociada con el Señor. Si Dios le daba diez, él le devolvería uno; como el viejo agricultor que miraba diez patatas y murmuraba mientras recogía la más pequeña: "Diez jirones, y éste se lo doy al Señor".

¿Qué contraste, cuando volvemos a la conversión de Pablo? "Señor, ¿qué quieres que haga?" Quería conocer la voluntad del Señor, y más aún, quería hacerla. Parecía darse cuenta desde el primer momento de que el Señor le había salvado, no para planear y maquinar y dar lo menos posible, sino para ofrecerse a sí mismo, espíritu, alma y cuerpo a su gran Redentor, sin hacer ningún trato, sino poniéndolo todo sobre el altar.

¡Cómo nos avergüenza esto a algunos, cuando pensamos en el amor y la devoción de ese hombre de Dios! Cuánto tenemos la mayoría de nosotros, pero hay pocos como Pablo. Cuando algunos de nosotros miramos hacia atrás y vemos cómo hemos dudado de Sus promesas, desperdiciado el tiempo dado, malgastado los medios que Él nos ha confiado para nuestro propio placer y comodidad, nos humilla al pensar en nuestra ingratitud y negligencia.

Así es como dos hombres vieron los tratos providenciales de Dios. Jacob, intrigante y

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:

Verdadesparanuestrosdias.com

planificador, se encontró en circunstancias que no le agradaban; y en la amargura del alma, la incredulidad le hacía exclamar: "Todo esto es contra mí", fruto de su "sí" en lugar de descansar en el "yo quiero" del Señor.

Pablo tenía fe en el Señor, y confianza en las diversas pruebas y vicisitudes de la vida, y desde la mazmorra de la prisión o la profundidad tormentosa le oímos decir: "Sabemos que todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios" (Romanos 8:28). El hombre planificador e intrigante, que dio al Señor la décima parte, vio "todas las cosas contra él"; el hombre consagrado y obediente que puso todo sobre el altar vio que todas las cosas funcionaban para bien. Y así es hoy. Muchos corazones desdichados, muchos rostros arrugados, muchas vidas destrozadas se habrían evitado si la oración diaria hubiera sido "Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios".

De nuevo el contraste en el resumen de estas dos vidas. El anciano Jacob, cerca del final de su carrera, de pie ante el Faraón, dijo con palabras dolorosas: "Los días de los años de mi peregrinación son ciento treinta años; pocos y malos han sido los días de los años de mi vida" (Génesis 47: 9). ¿No es éste el lamento de muchos cristianos cuando caen las temibles sombras de la muerte, y la mente siempre activa y la conciencia ahora despierta escudriñan el panorama del pasado, y ven el tiempo desperdiciado, las oportunidades perdidas, el dinero gastado en el orgullo y el placer, el pueblo de Dios, tal vez, tropezado y los pecadores perdidos, todo porque la oración diaria no fue: "Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios"? "Todo lo que el hombre siembra, eso también cosechará".

Pablo, el anciano, se acerca al final. No le esperan honores terrenales, como a Jacob. Está encadenado, pero con paso firme y semblante seguro camina hacia la cuadra; pero no está solo, hay alguien a su lado a quien ha conocido, amado y servido desde que lo encontró por primera vez en aquel día memorable, cerca de la puerta de Damasco. Con espíritu animado y rostro feliz le oímos decir: "No me avergüenzo, porque sé a quién he creído". (2 Timoteo 1:12). Su cuello desnudo, su cabeza puesta en el tajo, el hacha del verdugo brilla y cae, y esa noble cabeza rueda en el polvo, pero la voluntad de Dios se ha cumplido, y sus palabras finales aún arden en nuestras almas: "He peleado la buena batalla; he terminado mi carrera; he guardado la fe." (2 Timoteo 4:7). Dios no dejará que se pudra la memoria de su siervo. Él, estando muerto, todavía habla, y para uno que ha sido ayudado e inspirado por la vida de Jacobo, mil lo han sido por la de Pablo.

Sí, vale la pena orar al comienzo de la vida

cristiana: "Enséñame a hacer tu voluntad"; vale la pena a lo largo de toda la vida, y paga benditamente al final de la vida. Sin embargo, no podemos dejar de admirar la gracia y la bondad del corazón de Dios al haber condescendido a identificarse con Jacob. El salmista pudo decir: "Dichoso el que tiene por ayuda al Dios de Jacob" (Salmo 146:5). Si sólo hubiera sido el Dios de Pablo, la mayoría de nosotros habríamos quedado fuera. Sin embargo, recordemos que Jacob miró hacia atrás con dolor; Pablo lo hizo con alegría, y si queremos terminar como él, que nuestro grito diario sea: "Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios."

Santiago 2:1-13

El problema del favoritismo

Joel Portman

Santiago no teme abordar los males sociales de frente cuando escribe sobre la religión cristiana práctica, o sobre cómo debe vivir un cristiano y comportarse con los demás. Al final del capítulo 1, nos recuerda cómo debe expresarse la religión pura y sin mácula hacia las impurezas de nuestro mundo y hacia los más necesitados. "En el primer capítulo se nos ha presentado la vida práctica de la piedad, desarrollada en una nueva naturaleza. En el segundo capítulo esta vida práctica de piedad se presenta como la prueba de la fe genuina". (Hamilton Smith). Esto lo lleva al tema de esta sección, que es el error de mostrar parcialidad hacia diferentes personas.

Santiago se dirige a ellos de una manera que está diseñada para expresar su preocupación por ellos y su anhelo personal por su bendición. Se dirige a ellos como "mis hermanos" en el v. 1 y luego como "mis amados hermanos" en el v. 5. No quiere que piensen que los desprecia o que no se identifica personalmente con su ejercicio para honrar al Señor, lo que hace que sus correcciones sean más fáciles de aceptar y más probable que respondan.

Esta sección enfatiza que la forma en que tratamos a los hombres de este mundo es una prueba de la realidad de nuestra profesión. Si realmente hemos tenido una visión de la gloria de Cristo y si continuamos teniendo una apreciación de esa gloria, entonces no nos impresionaremos con los adornos externos de majestad y esplendor terrenal. Es cuando perdemos de vista aquello que supera todo otro esplendor que nos impresionamos con una especie de gloria de imitación de esta tierra solamente.

A Santiago le preocupa que sus lectores progresen hacia la madurez espiritual. Mostrar parcialidad hacia los demás basándose en atributos materiales o físicos demuestra que existe inmadurez espiritual en nuestros corazones. Sabemos que la vida cristiana siempre pretende ser un contraste con la vida natural de este mundo. Practicar la parcialidad también obstaculizará nuestro desarrollo espiritual. Sólo cuando uno tiene su atención fija en la gloriosa Persona del "Señor de la gloria" puede ordenar correctamente las relaciones terrenales. Tal inconsistencia es incorrecta y también es perjudicial para el testimonio del Señor, robándole así su debida gloria.

Mostrar parcialidad, o discriminar, es común entre los hombres, ya que a menudo nos impresiona la posición, las posesiones o la personalidad de alguien en lugar de su condición espiritual. A Santiago le preocupan estas muestras de parcialidad y muestra las razones. Su preocupación es fuerte, ya que utiliza el imperativo cuando escribe: "No tengáis la fe... con acepción de personas". No es una cuestión opcional sobre la que uno pueda decidir por sí mismo. Hay que evitarlo con determinación a toda costa. En el trasfondo de su argumento podría estar la forma en que el evangelio nivela a todos los hombres mostrando que, en el fondo, todos somos iguales y necesitamos el mismo Salvador. Romanos 2:11 dice: "Porque no hay acepción de personas para con Dios", y Pedro predicó en la casa de Cornelio que "...Dios no hace acepción de personas" (Hechos 10:34). Comenzamos como pecadores, todos necesitamos la misma salvación a través del mismo Salvador, y todos entramos en el reino de Dios por el mismo nuevo nacimiento. Pablo les recuerda a los Corintios: "lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia" (1 Corintios 1:27-29). Así que lo que estos creyentes estaban haciendo cuando preferían a uno sobre otro era una violación de esos principios primeros que deberían prevalecer en todas nuestras prácticas. "La fe" también podría referirse a ese tipo de fe que caracterizaba a nuestro Señor Jesús cuando se movía entre los hombres públicamente. Todos los que se acercaban a Él, fueran ricos o pobres, recibían su atención de acuerdo a cómo Él discernía la condición de su corazón.

La mención de una "sinagoga" ("vuestra congregación" suele traducirse como "sinagoga", aunque la palabra significa una reunión, una congregación de personas) indica además que se trata de una epístola temprana. También muestra que

Santiago y otros creyentes primeros que vivían en Jerusalén seguían apegados a la práctica judía de reunirse en un determinado edificio o de tal manera. Independientemente de que esto signifique que todavía se reunían como judíos o no, lo más probable es que los creyentes llamaran a sus reuniones con este nombre, ya que estaban acostumbrados a utilizar este término.

Evidentemente, se trataba de un problema real, no de una situación hipotética. En primer lugar, les recuerda la fe (los principios doctrinales) que está relacionada con nuestro Señor Jesucristo, que es la gloria. "La fe" enseña que nunca debemos evaluar el valor espiritual de una persona basándonos en las apariencias externas o en los bienes naturales (1 Samuel 16:7). Santiago nos está diciendo que cuando nos dejamos influir por el estatus social, el color de la piel u otros aspectos externos, entonces hemos perdido de vista a Aquél que es la esencia de toda gloria superlativa. Fue la visión del "Dios de la gloria" (Hechos 7:2) lo que cautivó la atención de Abraham, de modo que nunca deseó volver a las marchitas atracciones de Ur. Los que crucificaron al Salvador (1 Corintios 2:8) no se dieron cuenta de que estaban crucificando al "Señor de gloria". Eran sólo hombres naturales, por lo que su ceguera es comprensible. Pero ahora éstos eran verdaderos creyentes, y perdieron de vista la gloria de Aquél que era el centro de su reunión. Cuando se compara con Su gloria incomparable, la gloria de cualquiera que sea rico es insignificante y de poco valor. Pero cuántas veces nuestros ojos y nuestros corazones son atraídos por los adornos de los ricos y muchos creyentes son celosos adherentes de los que tienen una posición elevada en este mundo.

Hebreos 1:3 nos dice que el Hijo, nuestro Señor Jesucristo, es el "resplandor de Su gloria (de Dios) y la imagen misma de Su sustancia". Es decir, en cada aspecto de la naturaleza y los atributos manifestados de Dios, Él es la esencia y la expresión plena (Colosenses 2:9). Todo lo que Dios es, Él lo es. De modo que una visión de esa gloria que reside y se manifiesta en Él es tan superior a cualquier gloria de un "hombre con anillos de oro" que no se puede comparar. Tal despliegue carnal es sólo oropel cuando se compara con el deslumbrante despliegue de lo que es divino.

Estos creyentes atendieron al hombre rico (que obviamente era rico por la ostentación de riqueza en los muchos anillos de oro (lit. "un hombre con anillos de oro") que llevaba. Se le dio un asiento con un taburete en un lugar de honor y se le trató con gran respeto. En cambio, el pobre era tratado con desprecio y se le daba un asiento en el suelo o en un lugar mucho menos favorable. Esta discriminación se

basaba totalmente en las apariencias externas y no tenía en cuenta su carácter interior. Tampoco reflejaba la actitud de Dios, pues el valor del alma superaba con creces cualquier cosa física.

Hay que tener en cuenta que ser un hombre pobre no indica que sea rico espiritualmente ni que ser un hombre rico demuestre pobreza espiritual. Lo que Santiago está condenando es la práctica de evaluar el estatus de cualquier persona basándose en su apariencia y luego actuar con ella de manera que refleje esa evaluación. Todos los que vienen deben recibir el mismo trato respetuoso si es posible, suponiendo que no están allí para causar trastornos o problemas (lo que sería un motivo diferente para actuar que las apariencias superficiales). En muchos sentidos, Santiago está continuando su argumento de 1:9-10, donde trata de la necesidad de que los ricos se alegren de su humillación, así como los pobres de su exaltación.

Nosotros también debemos tener cuidado con este tipo de comportamiento. ¿Nos emocionamos más cuando un hombre rico o prominente viene a una reunión de la asamblea que cuando lo hacemos con uno que es pobre o menos prominente? ¿Nos alegramos más si un hombre rico se salva que por uno de menor posición social? El Señor no lo haría. Dijo a los discípulos: "¡Cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas!" (Marcos 10:24). La discriminación basada en características terrenales/físicas es contraria a una apreciación adecuada del "Señor de gloria" y debe evitarse. Honrar a los hombres ricos no es ganarlos y generalmente fracasa. Ellos necesitan ser humillados ante Dios para llegar a las verdaderas riquezas. Ser honrado por los hombres sólo los enaltece en su propia estimación y puede contribuir a su condenación en lugar de su salvación.

En el v. 4, Santiago comienza a dar las razones de su argumento. Hacer esto indica una parcialidad que refleja el hecho de que sus distinciones se basan en tener malos pensamientos. Estaban evaluando a los hombres según los estándares del mundo. O, simplemente no estaban pensando correctamente, ciertamente no como Dios piensa. En primer lugar, dice en el v. 5 que eso es contrario a los propósitos de Dios, que son llevar a los pobres de esta vida al disfrute de grandes riquezas eternas. Dios no actúa así y nosotros tampoco deberíamos hacerlo. Como hemos dicho, ya ha tocado este tema en 1:9-10. Los santos que son pobres en la vida son ricos en la fe y tienen una herencia en ese reino que es eterno. Si el gran propósito de Dios es bendecirlos, ¿cómo podría actuar de forma contraria quien conoce a Dios? Al hacerlo, estaban deshonrando a los pobres, algo que

el Señor no ha hecho. Entonces les recuerda que es ilógico hacerlo. Los ricos eran enemigos del evangelio y eran la causa de gran parte de su sufrimiento. Los arrastraron violentamente a los tribunales para ser juzgados. ¿Por qué honrarlos? Hacerlo no les ganaría ningún favor en esos casos. Esos ricos eran también los que deshonraban al Señor con blasfemias, llamándole impostor o incluso endemoniado. El suyo era el Nombre digno que se invocaba sobre ellos y con el que se identificaban, así que al honrar a los que habían hecho lo contrario, se deshonraban a sí mismos y a su Señor.

Todas estas cosas evalúan y revelan la deficiencia espiritual de la religión aceptada por el hombre. Cómo considera al mundo, cómo estima la importancia del hombre y cómo valora el nombre de Cristo son pruebas que revelan que está muy alejada de los principios que Dios desea en su amado pueblo.

Entonces Santiago recurre a las Escrituras para recordarles la verdad de que debían "amar a tu prójimo como a ti mismo" (Levítico 19:15, Mateo 22:39). Era la "ley real" porque sugiere una conexión con el Rey y los principios de Su reino. Es real, también, porque se eleva por encima del estándar normal de la tierra. Las relaciones normales entre ellos y los hombres deben ajustarse a los principios del Rey, ya que así es como Él actuaba con ellos. El trato que daban a los pobres violaba ese principio y, en consecuencia, eran transgresores, eran culpables de pecado contra la Palabra de Dios. No era suficiente guardar algunas partes de la ley y omitir otras. La obediencia a la Palabra de Dios exige una obediencia imparcial a toda ella. Una lección práctica para nosotros de esto es que no nos atrevemos a pensar que podemos elegir qué partes de la Palabra de Dios obedecemos, o qué partes son más importantes que otras. Puede ser que algunas partes no se apliquen directamente a nosotros, pero el principio subyacente sí. Dios desea fuertemente la consistencia en nuestras vidas, y tristemente, eso a menudo falta. Es fácil enfatizar ciertas verdades a expensas de otras que no nos gustan o no queremos obedecer. Este es otro aspecto de la parcialidad en acción.

A continuación, Santiago da una ilustración directa de esa verdad en el v. 11. No sería suficiente evitar cometer un pecado como el adulterio pero justificar la acción de matar (asesinato). Ambos eran mandamientos dados por Dios y escoger lo que querían obedecer es erigirse en árbitros de la voluntad de Dios. Toda la palabra es importante por lo que toda debe ser manejada con reverencia y ejercicio piadoso para practicarla.

Lo que Santiago escribe en el v. 12 es más contundente de lo que podríamos pensar al leerlo. Utiliza los tiempos de estos verbos para indicar que

ésta debe ser la práctica continua y consistente de nuestras vidas. "Así hablad y así haced" todo el tiempo. Una vez más, vemos que apunta a la coherencia cristiana en la práctica. Lo que la Palabra de Dios enseña debe ser lo que buscamos practicar. Debido a esto, aprendemos que todos los creyentes serán evaluados (juzgados) por "la ley de la libertad". Si hacemos lo que nuestro corazón desea hacer, entonces hacerlo es lo que deseamos y eso es la verdadera libertad. Santiago utiliza esta expresión, tal vez, para enseñar que la Palabra de Dios da libertad al creyente, liberándolo de los principios y evaluaciones mundanas que impiden las relaciones adecuadas y ahogan el progreso espiritual. Hemos sido liberados de la condenación del pecado por medio de su sacrificio por nosotros. Somos liberados de su dominación por nuestra muerte con Cristo y por ser resucitados con Él. Somos liberados de los principios y prácticas terrenales por nuestra obediencia a Su Palabra y por permitir que Su Espíritu la use para producir cambios en nuestras vidas. Muchos creen erróneamente que la salvación trae esclavitud y limitación; más bien es liberadora y de bendición, eleva y fortalece, instruye y guía. La forma en que la hayamos utilizado y lo bien que hayamos respondido a sus verdades será la base de nuestra evaluación en el tribunal de Cristo. Entonces, v. 13, seremos juzgados con misericordia, pero según nuestro grado de respuesta a la verdad que profesamos.

También tendríamos que confesar que sabemos mucha más verdad de la que practicamos sistemáticamente en nuestras vidas. Pero el conocimiento de la verdad nos sitúa en un plano de responsabilidad más elevado que en otro caso. Santiago volverá a hablar de esa verdad en 3:1. Los que enseñan a otros asumen que saben más, y por lo tanto, se les exigirá un nivel más alto que a los que enseñan. Procuremos vivir con coherencia para que la verdad que profesamos y de la que hablamos se muestre prácticamente ante los demás. Ese es el tema que Santiago sigue desarrollando en la última parte de este capítulo cuando escribe sobre la necesidad de las obras para demostrar la realidad de la fe que uno profesa.

(continuación)

El Hijo Eterno de Dios

Larry Steers

Con mucho cuidado, tomando la pluma en la mano, y con un sentido de asombro y reverencia inundando el alma, tocamos la verdad cardinal y fundamental de las escrituras, la filiación eterna de nuestro Señor Jesucristo, una verdad infinitamente preciosa. Nuestra Biblia está saturada de esta doctrina fundamental.

Cuando el Señor preguntó a sus discípulos "¿Quién dicen los hombres que soy yo, el Hijo del Hombre? (Mateo 16:13) Pedro se apresuró a expresar la profundidad del asombro que inundaba su alma "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (Mateo 16:16). La clara afirmación de Pedro no admite concesiones ni debates.

Nuestro Señor siempre fue y nunca dejó de ser el Hijo del Dios eterno. Esta verdad infinitamente eterna debe impregnar y llenar el alma de todo verdadero santo. La fe abarca lo que está más allá del ámbito de la inteligencia humana.

La mayor parte de este artículo hará referencia al hermoso Evangelio que nos ha dado el apóstol Juan. Al tocar la verdad de la filiación eterna, debemos mantener ante nosotros la cita de Juan de la declaración del Señor "Yo y mi Padre somos uno" (Juan 10:30).

Volviendo al primer versículo de Juan, "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan 1:1). "Principio" son las vastas edades eternas antes del acto de la creación. "Era", dos veces en el versículo 1, está en tiempo imperfecto, lo que indica una existencia más allá del ámbito del tiempo. Como "el Verbo" era plenamente Dios, pues "el Verbo era Dios" y en la tierra podía revelar a Dios a los hombres. Se "hizo carne", una nueva forma de existencia, pero sin dejar de ser lo que siempre fue. "Con Dios" (Juan 1:2), era su morada continua, que ampliaremos a continuación al tocar la palabra "seno".

"Principio" (Juan 1:1) dirige nuestros pensamientos a Génesis 1:1 "En el principio creó Dios el cielo y la tierra". Los sustantivos hebreos pueden ser singulares (1) o duales (2) o plurales (más de dos). La Biblia de Newbury indica que "Dios" (Génesis 1:1) es un sustantivo plural, por lo que abarca al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, que se mueven juntos como uno solo. En el primer versículo de la Palabra de Dios se implica claramente la unidad de la Divinidad.

Hacemos bien en meditar mucho en Juan 1:18 "A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha declarado". Esta es una hermosa verdad que expresa el glorioso

resplandor eterno del amor del Padre. El Diccionario Vines de Palabras del Nuevo Testamento coincide en que el seno expresa "la relación eterna y esencial del Señor con el Padre". Sin duda, aquí pisamos un terreno muy sagrado. Nuestro Señor nunca abandonó la esfera del seno del Padre y habita eternamente como sujeto del amor del Padre. Habló de la gloria que tenía contigo antes de que el mundo fuera (Juan 17:5), y de nuevo "me amaste antes de la fundación del mundo" (Juan 17:24). Sólo Él, que conocía perfectamente la intensidad del seno del Padre, podía revelar al Padre. Desde su lugar de cercanía íntima podía manifestar un poco del amor del Padre que para las mentes mortales es imposible medir o comprender. Sin embargo, Juan se recostó en su seno y sintió el latido del corazón, las reverberaciones del amor eterno.

Pero considera el "pecho" más allá. Cuando los hombres malvados crucificaron al Señor desde la cruz, Él oró "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34). Después de que las horas oscuras han pasado, oímos al Señor orar de nuevo "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lucas 23:46). Debemos reconocer una diferencia entre el grito profético del Salmo 22 "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Salmo 22:1) y la oración de nuestro Señor desde la cruz. Dios, en su infinita santidad, abandonó al portador del pecado. Pero los dos gritos del Salvador al principio y al final del Calvario indican que el Padre nunca abandonó al Hijo que estaba eternamente en el seno del Padre. Tal vez veamos un pequeño atisbo de esto en el momento en que Abraham subió a la montaña para ofrecer a Issac. Él sacrificaría a Issac pero amaba intensamente al hijo que pondría en el altar.

Cuántos se han inclinado con una acción de gracias reverencial al contemplar de nuevo las maravillosas palabras de Juan 3:16. El Padre tenía un hijo que estaba eternamente con Él para dar. El Señor recordó a sus discípulos: "Yo salí del Padre y he venido al mundo" (Juan 16:28).

Citamos las palabras de William Blane

"Y con un sentido más profundo y santo
De lo que es Dios, con reverencia
Acércate a su obra más poderosa, para que
meditar en ella, y que Él
se digne a derramar algún rayo
De luz divina para ahuyentar
Las nociones nebulosas de todo el mundo
Sobre las obras maravillosas de Dios

En Juan 3:16 Dios dio a su hijo como una demostración maravillosa de su amor. Pero Juan también utiliza otra palabra que impregna su

Evangelio. El Padre envió a su hijo (la palabra enviado se encuentra 60 veces en Juan). Juan no deja ninguna duda en la mente de sus lectores: el Hijo estaba con el Padre en el cielo y fue enviado a la tierra por el Padre.

Esta verdad llenó el corazón de Pablo cuando escribió: "Pero cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo" (Gálatas 4:4).

El bendito que dejó el reino eterno para una breve estancia en la tierra que había creado era Dios. Se le llama "el gran Dios y nuestro Salvador Jesucristo" (Tito 2:13). Con una referencia similar, Pedro se refiere a "Dios y nuestro Salvador Jesucristo" (2Pedro 1:1). En ambos pasajes se aplica una regla de la gramática griega. (Cuando hay dos sustantivos que no son propios, sino que describen a una persona y los dos sustantivos están conectados por la palabra y, el primer sustantivo tiene el artículo "el" que el segundo no tiene. Ambos sustantivos se refieren a la misma persona).

La gramática griega, a menudo puede ser útil pero para muchos es incomprensible. Que Cristo es Dios es abundantemente la declaración clara de la Palabra de Dios. Tomás, mirando a un hombre vivo con las marcas de la crucifixión proclamó "Señor mío y Dios mío" (Juan 20:28).

Cuando el sumo sacerdote interrogó al Señor con la pregunta "¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito? (Marcos 16:61), el Señor respondió sin vacilar y con énfasis "Yo soy" (v.62). Nuestro Señor, enviado por el Padre desde los cielos para residir brevemente en la tierra, era Dios. En una lectura bíblica se preguntó cómo podía morir Dios. Estaba presente nuestro estimado hermano, el Sr. Albert Joyce, quien respondió: "Dios no murió, pero el hombre que murió era Dios".

Siendo "Dios manifestado en la carne" (1Timoteo 2:16), nos alegramos con el apóstol Pablo "en Él habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente" (Colosenses 2:9). Él poseía todos los atributos de la Deidad.

Moviéndose en un escenario contaminado por el pecado, era "santo, inofensivo, sin mancha, apartado de los pecadores" (Hebreos 7:26). Él era justo (1Juan 2:1) y siempre continuará siéndolo en Su relación con los hijos de Adán (1Juan 2:1). Hebreos 13:8 declara que Él es inmutable y de nuevo "Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre" (Hebreos 13:8). Como "el Todopoderoso" es omnipotente, todopoderoso. En sus últimas palabras a sus discípulos les recordó que seguirían sirviendo a Aquel que poseía "todo poder" (Mateo 28:18). Posee el atributo de la omnipresencia (Mateo 28:20). Nuestro Señor es omnisciente, como confesaron los discípulos, "tú lo sabes todo" (Juan 16:30, 21:17).

Por un breve momento se nos permite escuchar al Padre hablando con el Hijo porque "al Hijo le dice: Tu trono, oh Dios, es por los siglos de los siglos" (Hebreos 1:8).

Nos sentimos obligados a concluir este escrito, habiendo tocado una de las más grandes doctrinas en las escrituras, la filiación eterna de nuestro Señor Jesucristo, para mirar brevemente a un gran tipo, Melquisedec. Aparece por primera vez en Génesis 14 cuando se encontró con Abraham al regresar de la guerra con los reyes (Hebreos 7:1), y aparece brevemente en el Salmo 104:4. El escritor hebreo se extiende sobre Melquisedec añadiendo detalles vitales. El Espíritu Santo exhorta al lector a "considerar cuán grande era este hombre" (Hebreos 7:4). De manera única, y también nuestro Señor Melquisedec combina el sacerdocio y la realeza. Es "sacerdote del Dios Altísimo" (Hebreos 7:1). También es Rey de Justicia, Rey de Salem y Rey de Paz (Hebreos 7:2). Nuestro Señor une el Sacerdocio y la Realeza.

El Melquisedismo nos lleva a profundizar en la verdad de la filiación eterna. En el Génesis, un libro repleto de genealogías, nos encontramos con un hombre del que no consta ninguna genealogía. Naturalmente, tuvo un padre y una madre, un nacimiento y una muerte. El Espíritu Santo omite a propósito estos detalles. Obsérvese cuidadosamente "pero hecho semejante al Hijo de Dios" (Hebreos 7:3). Puesto que la Biblia es un libro de tipos, es prerrogativa del bendito Espíritu Santo presentar un tipo destinado a aumentar nuestra comprensión y nuestra apreciación de la persona de nuestro Señor.

La filiación no tiene comienzo y es eterna. No tiene principio ni fin.

Que nuestro Dios ayude a nuestra apreciación, comprensión y adoración mientras cantamos:

Tú eres el Verbo Eterno,
Hijo único del Padre,
Dios visto y oído manifestamente,
Y el amado del cielo.

En ti se expresan perfectamente las glorias del
Padre, brillan las glorias del Padre,
De la plena Deidad poseída
Eternamente Divina.

Verdadera imagen del Infinito
Cuya esencia se oculta
Resplandor de luz increada,
El corazón de Dios revelado.

El Fruto del Espíritu

Robert Surgenor

A sí, las "obras" se refieren a lo que un hombre puede hacer, pero el fruto del Espíritu indica lo que es un producto natural del Espíritu y no el producto del hombre. Este fruto es posible gracias a la relación viva de los cristianos con Dios, y a la morada del Espíritu Santo.

La forma singular "fruto", no "frutos", indica que estas nueve cualidades son una unidad, y que las nueve se encuentran en el cristiano. Los dones dados en 1 Corintios 12 difieren, en que son dados uno por uno a diferentes individuos como el Espíritu lo ve conveniente. "Dividiendo a cada uno según su voluntad".

Es una experiencia agradable examinar el fruto del Espíritu, que reside y se manifiesta en cada hijo de Dios temeroso de Dios. Este fruto es producido por el poder del Espíritu que mora en cada cristiano. Al pueblo del Señor se le dice que no lo entristezca (Efesios 4:30), porque al hacerlo, se privará de su poder residente.

"Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Y los que son de Cristo han crucificado la carne con los afectos y los deseos. Si vivimos en el Espíritu, andemos también en el Espíritu" (Gálatas 5:22-25).

La palabra "fruto" es "cosecha", lo que sugiere que estas bellas virtudes son la efusión del Espíritu Santo que mora en el creyente. Los frutos pueden dividirse en tres grupos.

- (1) Mi relación con Dios; - "amor, alegría, paz". Amor a Dios. Alegría en Dios. Paz con Dios.
- (2) Mi relación con los que me rodean; - "longanimidad, mansedumbre, bondad".
- (3) Mi relación conmigo mismo; "fe, mansedumbre, templanza".

Luego Pablo escribe, "contra los tales no hay ley", lo que significa que estas cosas cumplen plenamente los requisitos de la ley y donde están presentes no hay entonces necesidad de las restricciones de la ley. Los siguientes versos (24-25) dicen: "Y los que son de Cristo han crucificado la carne con los afectos y los deseos. Si vivimos en el Espíritu, andemos también en el Espíritu". Al convertirse, de una vez por todas el creyente "crucificó la carne con los afectos y las concupiscencias". Comienza su nueva vida caminando en el Espíritu. Por lo menos debe procurar que en la práctica su forma de vida se ajuste a este hecho.

Orden invertido

En el primer grupo de tres, es interesante notar que el Señor nos legó estos hermosos frutos antes de regresar a la gloria. En Juan 14:27, el Señor dijo: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo". Más adelante, en Juan 15:11, dijo: "Estas cosas os he hablado para que mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea completo." Finalmente en Juan 17:26 leemos, "Y yo les he declarado tu nombre, y lo declararé, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos." Noten, el orden se invierte aquí como se encuentra en el Evangelio de Juan. En Juan es, "paz, gozo y amor", mientras que en Gálatas 5 es, "amor, gozo y paz". En el pasaje de Gálatas, el "amor" es el primero de la lista, ya que llena hasta el borde toda la ley. Es el primero de los frutos del Espíritu. Como dice un escritor: "El amor es el producto más esencial de la fe, la madre de todas las demás virtudes cristianas, y por eso es el primero de esta lista."

1- El amor

Considera este fruto. ¿Por qué el cristiano ama a Dios? La respuesta se encuentra en 1 Juan 4:19, "Le amamos, porque Él nos amó primero". ¿Cómo sabe el cristiano que Dios lo ama? La respuesta está en 1 Jn. 4:9, "En esto se manifestó el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por medio de él." ¿Cómo demuestran los cristianos que aman a Dios? La respuesta se descubre en Juan 14:23. "Si un hombre me ama, guardará mis palabras". Observe, "guardará mis palabras". No dice que DEBE, o que PUEDE. No, no, esto no es un mandato, ni hay ninguna duda al respecto. El hecho es claro, que si una persona ama a Cristo, guardará, sin ninguna sombra de duda, las palabras de su Señor. Las epístolas de la Biblia son las palabras del Señor, y como el cristiano se alimenta de la palabra de Dios, obedece, sin sombra de duda, lo que dice la escritura.

De ninguna manera el hombre natural puede caminar según los mandamientos del Señor. No tiene el poder espiritual para hacerlo. Está espiritualmente muerto, y no puede producir el fruto del Espíritu en su vida, como un manzano muerto no puede producir manzanas hermosas. Es impotente, sin esperanza e infructuoso para cualquier cosa de naturaleza espiritual.

El cristiano piadoso ama la Biblia, ama la reunión del pueblo de Dios para adorar. Ama a los pecadores perdidos y lo demuestra buscando ganarlos para Cristo, testificándoles del amor de Dios.

Recuerdo que en 1970 fui a un área para ganar almas para Cristo. Una pareja que vivía en la zona perdió sus vacaciones para ayudarme a ir de puerta en puerta durante dos semanas, invitando a la gente a venir a mi tienda del evangelio para escuchar el camino de salvación de Dios. ¿Qué les influyó para gastar su tiempo de vacaciones trabajando así? La respuesta es, amor a Cristo, y amor por las almas perdidas.

¿Puede imaginarse tal amor en un no cristiano? Dificilmente. Sus vacaciones implicarían perseguir sus propios placeres. Tratar de ganar almas para Cristo nunca entra en la mente del hombre natural. No tiene amor por los que perecen.

Cuando un cristiano profesante nunca sigue el camino de salir de su camino para ver las almas salvadas, cuando rara vez dan a un pecador un tratado del evangelio, me pregunto, ¿dónde está el fruto del Espíritu - el amor? Cuando el santo medita en el amor que Cristo tuvo por él, al morir por sus pecados, lo mueve, lo constriñe a un determinado tipo de comportamiento. Considera la confesión de Pablo: "Porque el amor de Cristo nos constriñe, pues así juzgamos que si uno murió por todos, todos estaban muertos: Y que Él murió por todos, para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para el que murió y resucitó por ellos" (2 Corintios 5:14-15).

El creyente ama tanto a Cristo que se abandona a sí mismo para vivir enteramente para Cristo. Pablo también dijo: "Porque para mí el vivir es Cristo". La palabra "es" está en cursiva, lo que muestra que no está en el texto original, y debería traducirse: "Porque para mí vivir - Cristo" (Filipenses 1:21). En otras palabras, toda la vida de Pablo estaba ocupada con Cristo. Todo su objetivo en la vida era magnificar a Cristo. Su vida no era para la fama, el placer mundano, la riqueza, el poder, o cualquier otra cosa que el mundo pueda ofrecer. No, toda su ambición en la vida era vivir para Cristo. Para Pablo, Cristo era todo en todo, nada más importaba.

Así vemos el "AMOR", el fruto del Espíritu manifestado. "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Romanos 5:5). El fruto del Espíritu tiene nueve cualidades, y el "amor" es la primera. "Dios es amor" (1 Juan 4:16).

"Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos" (1 Juan 3:14). Recuerda las palabras del Señor a los suyos en Juan 13:34-35. "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros."

El asombrado Enterrador

Recuerdo que cuando el difunto Clay Fite fue velado en una funeraria en Keyser, Virginia Occidental, después de dos días de velatorio, el enterrador estaba asombrado y me mencionó que había estado en el negocio por más de veinticinco años y nunca había presenciado algo como este velatorio. Mencionó que este extraño llegaba a la ciudad y luego moría, y que la gente venía de otros estados a presentar sus respetos. Luego dijo que no había oído ni una sola palabrota y que nunca había tenido que vaciar un cenicero, y que sentía que Dios estaba en su funeraria, pero que lo que más le sorprendía era que todos los desconocidos que se reunían para el velatorio parecían quererse. Inmediatamente saqué mi Nuevo Testamento de bolsillo y le mostré Juan 13:34-35. El hombre se quedó sin palabras. Qué tremendo testimonio se dio ese día para el Señor.

El amor humano se ve en todo el mundo, pero el cristiano tiene un amor mucho más profundo y rico que el mero amor humano - posee, a través del Espíritu Santo, el amor divino. La intensidad y la calidad del amor divino superan con creces el amor natural visto en la raza caída de Adán. Ningún amor humano puede hacer que el corazón ame a sus enemigos, pero el amor divino tiene esa capacidad. Por eso el Señor exhorta a los suyos a: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿no hacen lo mismo hasta los publicanos?" (Mateo 5:44, 46).

2 - La alegría

La siguiente cualidad del fruto del Espíritu es la alegría. El mundo secular ofrece felicidad. Esta felicidad depende de las circunstancias favorables. Cuando el cielo está soleado y no hay nubes de tormenta a la vista, la gente es feliz. Pero si se juntan los nubarrones y descienden las tribulaciones, esa felicidad se desvanece. La pérdida del hogar, de la salud, de la riqueza y de otras muchas cosas negativas pueden robarle a una persona la felicidad. La felicidad del mundo depende totalmente de las condiciones. Es superficial, frágil y se pierde fácilmente. No es así con la alegría de Dios, el fruto del Espíritu. Ese gozo está incrustado en cada creyente, y si el creyente permite que el Espíritu de Dios lo controle completamente, el fruto del gozo se hace muy evidente. Un cristiano alegre es un cristiano fuerte, fíjate: "La alegría de Jehová es tu fuerza" (Nehemías 8:10). Pedro trata de describir este gozo. "A quien no habéis visto, amáis; en quien, aunque ahora no lo veáis, creyendo, os alegráis con un gozo inefable y lleno de gloria" (1 Pedro 1:8). Podría decirse que "os regocijáis con un

gozo indecible, un gozo revestido de esplendor y que se ha vuelto excelente", porque eso es lo que implica la palabra "lleno de gloria".

Esto entonces no es un gozo producido humanamente, es un gozo producido por el Espíritu Santo. ¡Esto es tremendo! ¡Esto es fenomenal! Esto está más allá de toda comprensión humana. Si un cristiano es guiado por un Espíritu no afligido, tendrá un gozo que ningún hombre natural podría experimentar. Mira a Pablo y Silas en Filipos. Maltratados, azotados, con los pies sujetos en el cepo, y luego empujados bruscamente a un agujero de barro bajo el primer nivel de una prisión primitiva. ¿Qué circunstancia podría ser más vergonzosamente miserable? Sin embargo, si se mira con atención, ¿qué se ve? - LA ALEGRÍA. Estos dos hombres maltratados rompieron a cantar. ¡Fue tremendo! No era natural, porque era espiritual. Era el fruto del Espíritu.

Antes de esto, mira a los apóstoles en Hechos 5:41-42. Son llevados ante el consejo y se les ordena que dejen de predicar sobre Jesús. Esto fue seguido por una paliza. Luego los dejaron ir. ¿Se quejaron, refunfuñaron y se quejaron? Pues no, fue todo lo contrario. Fíjese en el relato de Lucas: "Y salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer vergüenza por su nombre. Y cada día, en el templo y en todas las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo". La alegría del Señor era su fuerza. Los gobernantes les ordenaron que dejaran de predicar, y ¿cuál fue el resultado final? - no cesaron. ¡Qué fortaleza, qué fuerza, qué compromiso! - ¡todo por Cristo!

"Impotencia"

W. R. Newell

"Romanos, Verso a Verso"

Pero estamos abogando por el autojuicio y la abajación ante Dios que reconoce nuestro verdadero estado. La iglesia exterior de hoy es laodicea, "desdichada, pobre, miserable, ciega y desnuda", y no lo sabe. Y el remanente filadelfiano sólo tiene "un poco de fuerza". Seamos sinceros. Hemos sustituido las poderosas operaciones entre nosotros del Espíritu Santo, por el lamentable entrenamiento "soulical" de los hombres. Esperamos que los hombres entrenen, que "preparen" a los

predicadores, y a los maestros, y a los "líderes", para una compañía celestial, la Iglesia, entre la cual el Espíritu Santo mismo mora como Administrador. No nos atrevamos a afirmar que el Espíritu Santo ya no está dispuesto a obrar con poder entre nosotros. Porque, ¡que lo haga es el plan de Dios! De hecho, Él está obrando así donde no se lo impiden.

Confesemos la verdad. Nuestra impotencia se debe a la incredulidad, a la herencia de los pecados de nuestros padres, a la herencia de un Espíritu contrariado. Puede ser cierto que Él no obra como lo hacía antes; pero admitamos dos cosas: no nos atrevemos a decir que Él no está dispuesto a obrar así; y no nos atrevemos a decir que es el plan de Dios que no lo haga. Sólo podemos decir: ¡Hemos pecado! Así lo hizo Daniel (Daniel 9). Así lo hizo Esdras (Esdras 9). Así lo hicieron los de la época de Nehemías (Nehemías 9). Nuestros días son días de fracaso, como aquellos. Tampoco servirá, (como con tantos santos iluminados), simplemente "ver y juzgar el fracaso de la Iglesia profesa" y reunirse en el nombre del Señor, y recordar su muerte en el partimiento del pan cada día del Señor. Todo esto es bueno. Pero debemos juzgarnos a nosotros mismos si no tenemos un poder real entre nosotros. Y el poder del Espíritu, en un día de apostasía como éste, nos llevará a una profunda carga sobre el estado de las cosas, y a la oración, como la que hicieron los grandes hombres de Dios en los tres grandes capítulos a los que acabamos de referirnos.

predicadores, todos sufren al mismo tiempo. La enfermedad está claramente marcada por los siguientes síntomas: un armario sin oración, una Biblia descuidada, una conciencia culpable. Entre los maestros de la Escuela Dominical, a menudo se indica por llegar "tarde", ausentarse de sus clases, perder a sus alumnos y la ausencia de conversiones.

Entre los predicadores, se manifiesta en largos discursos sin sustancia ni fuerza, fraseología prestada, largas oraciones teológicas y conversiones falsas. Es infecciosa, y a menudo se contrae al estar en compañía de creyentes reincidentes, y por el contacto con el mundo. Si se toma en cualquier etapa temprana, el progreso de esta enfermedad fatal puede ser detenido, pero si se juega con ella, hasta que asume la forma crónica es casi imposible.

Aquellos que están conscientemente afectados deben ir de inmediato a sus armarios y hacer una confesión completa de su condición ante Dios, pidiéndole a Él, que escudriña el corazón, que ponga su dedo en el asiento de la enfermedad y les muestre de dónde proviene. Entonces, si hay un trato honesto con Dios, y con el pecado o los pecados que hacen que el corazón se aleje del Dios vivo, Él sanará a los "quebrantados de corazón" (Salmos 133:3) dándoles un "corazón íntegro" (Salmos 99:10) con el cual buscarlo; un "corazón verdadero" (Hebreos 10:22) con el cual acercarse a Él, y un corazón lleno de amor divino (Romanos 5:5) con el cual servirlo.

La Frialidad

WIS Junio 1942

La mayor perdición posible para un creyente es la frialidad de corazón. Es el golpe mortal para todo lo relacionado con el servicio al Señor. Amortigua el celo, marchita la energía y hace que todo se arrastre. La frialidad de corazón es una enfermedad común a todos los creyentes; ataca a la mayoría de ellos en algún período de la vida espiritual. Algunos se recuperan, otros sucumben, y estos últimos sufren de por vida una forma crónica de la enfermedad.

Es lamentable verlos arrastrarse. No hay energía en su trabajo, ni fuerza en sus palabras. A veces se produce una epidemia; comunidades enteras sufren a la vez. Superintendentes y maestros de la escuela dominical, visitantes de distrito y